

**DISCURSO DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
DOCTOR ANDRÉS PASTRANA ARANGO,
CON OCASIÓN DE LA ASAMBLEA DE ASOMEDIOS**

Bogotá, marzo 27 de 2001

**Hacer Nación: papel de los medios de
comunicación masiva en el proceso de paz.**

Una visión de patria.

Para mí es un inmenso placer estar hoy con ustedes y poder compartir la visión del Gobierno sobre el tema planteado para cerrar esta Asamblea: “el papel de los medios de comunicación masiva en el proceso de paz”

Nótese bien que hablo de los medios en el proceso de paz; no de los medios frente al proceso de paz, como si fueran espectadores pasivos, como si ésta les fuera ajena.

Ni como Presidente de los colombianos, ni como su colega, puedo decirles qué deben hacer, aunque ustedes diariamente dediquen gran parte de su tiempo a explicarme cómo ejercer mi oficio.

Tampoco puedo dictarle a los medios su conducta, ni fijarles pautas de comportamiento. En ese tema únicamente puede imponerse su conciencia dentro de los límites que marcan la ley y los altos intereses de la nación.

Los medios de comunicación y quienes trabajan en ellos forman parte del inmenso contingente de colombianos que estamos luchando por alcanzar la paz y el progreso con justicia social. Por eso quiero hablar con ustedes, como amigos que buscan un mismo propósito, sobre nuestro papel en la consecución de estos anhelos.

El Presidente de La República tiene la obligación de ver una Colombia posible y de empeñarse en conseguir que la nación entera llegue a ella. Por eso me eligieron: porque mi visión de patria coincidió con la de la mayoría de los colombianos.

Y en el corazón mismo de la Colombia posible que prediqué antes de asumir este cargo, y que he puesto obstinada y confiadamente en práctica durante todos los días de mi mandato, está la paz. Sin paz todos nuestros esfuerzos en otros campos serán vanos, como lo ha demostrado la historia del país.

No queremos una economía boyante para repartir la riqueza entre los muertos.

De nada sirve ofrecer magníficas carreteras a miles de secuestrados que no las pueden transitar.

Educar a los colombianos para que se vayan del país no tiene mayor sentido.

Ningún esfuerzo por inscribirnos en el mundo globalizado tendrá efecto si mostramos estadísticas salvajes de masacres, secuestros y desplazados.

Sin paz, es inútil nuestra lucha.

La visión de la paz no es un simple capricho, ni el deseo del presidente Pastrana de pasar a la historia: es una necesidad inaplazable, un reto al que alguien tenía que ponerle el pecho, sin calcular en forma egoísta el precio político que le acarrearía. Yo lo he hecho, y he pagado duro, pero no pienso cejar, y no retrocederé “ni para coger impulso”.

Pero la paz no puede ser una lucha individual. El alcance del poder presidencial no es suficiente: la paz la logran los pueblos, no los gobiernos.

Una Colombia para todos los colombianos es una meta posible. La paz es la única vía para devolvernos a todos el país, ahora cercado por el miedo y la injusticia, limitado en su poder de inversión y de maniobra.

Nuestra patria se ve agobiada por las armas que amenazan a las instituciones, sin respetar ni a las más sagradas: las familias se desintegran cuando uno de sus miembros es llevado a la guerrilla o al equivocado mundo de las llamadas autodefensas, o convertido en sicario por el dinero sucio de la droga o cuando el padre, la madre o los hijos son brutalmente amputados de su hogar y negociados como si fueran mercancías.

El sentido de patria se ve lesionado por los comentarios de la comunidad internacional que ve horrorizada cómo un país digno inunda las noticias de sangre y violaciones a los

derechos humanos por parte de los grupos ilegales. Los niños y los jóvenes cambian su alegría por desesperanza.

Los medios de comunicación sufren presiones que muchas veces terminan con sus miembros muertos o exilados, convertidos en mártires por la verdad, héroes salidos de entre sus filas. ¡Pero no queremos una patria con héroes asesinados por la demencia de las armas fraticidas sino llena de colombianos totalmente libres!

La paz significa justicia. La paz significa empleo. La paz significa libertad. La paz devolverá la tranquilidad a nuestro territorio y a nuestra gente.

Esa es la meta que se ha propuesto mi gobierno. Esa es la meta que propongo a mis compatriotas para que la alcancemos tomados de la mano. Esa es la meta que les propongo a ustedes como punto de partida para entender su papel en el proceso de paz.

Apreciados amigos:

La democracia moderna supone en su base un mecanismo de elección de los gobernantes por parte de los gobernados, como lo es el sufragio, pero implica también la aceptación y puesta en práctica de principios universales como la libertad y la igualdad ante la ley.

¿Y a qué libertad me refiero? No únicamente a aquella primaria noción que se oponía a la esclavitud, basada en la posibilidad de formar una vida individual y familiar, de decidir el propio destino, sin la interferencia de otros. Hablo de una verdadera y más amplia libertad política, donde se garantice al ciudadano la posibilidad de crecer e interrelacionarse con sus semejantes, de aportar a la sociedad, de criticar sin mordaza lo que conviene o no conviene a ésta, de participar en la construcción del presente y futuro de su entorno nacional e internacional.

Me refiero a la libertad compleja de quien piensa y hace uso de su albedrío con responsabilidad, una noción que no puede aplicarse sino a quien ya es libre. Fue Jaime Balmes, el autor de “El Criterio”, quien resumió esta idea en una sencilla máxima: “Somos responsables, porque somos libres”.

Hemos avanzado desde un concepto formal de democracia a uno más complejo que abarca el respeto a la libertad de los asociados. Y hemos avanzado también en el concepto de libertad hacia una visión que la vincula necesariamente a la responsabilidad. Además, hemos ampliado la noción básica de libertad a otras que hacen parte de la libertad política, como la de pensamiento y la de expresión, dentro de la cual se incluye, como un baluarte fundamental, la libertad de prensa.

Esta libertad dignifica la sociedad y potencia el albedrío del ser humano. Como dijo Karl Popper: *“La formación de opinión contiene siempre en último lugar un elemento de libre elección. Y es la libre elección la que vuelve valiosa una opinión humana”*.

Pero ¿cómo ha vivido Colombia, en su desarrollo democrático, el ejercicio de la libertad de prensa? Yo creo que todos podríamos concordar en que la constante general en nuestro país desde hace más de cuatro décadas ha sido su respeto por parte del Estado.

Aquí, en Colombia, la opinión humana –en términos de Popper– es particularmente valiosa, porque es el resultado del ejercicio

de una libertad que no debe ni puede tener más límites que la responsabilidad.

En mi gobierno y en los precedentes la historia habrá de reconocer que ha sido el imperio de la libertad de prensa el que ha hecho un justo y adecuado contrapeso al poder público. Podemos decir, sin ambages, que en Colombia existe una “institucionalización de la crítica” que ha servido como resorte para el sostenimiento de la democracia y como defensa frente a cualquier asomo de autoritarismo, sin mencionar otros fenómenos indeseables como la corrupción.

Aquí todos opinan, ¡y qué bueno que sea así!, sobre si están de acuerdo o no con el manejo de la paz, de la economía, de las relaciones internacionales, de la política interna. No tengo duda de que es este privilegio el que nos ha preservado de males mayores. Es un privilegio que los gobernantes tenemos que defender con dientes y uñas, porque es el soporte de nuestra democracia.

Lo paradójico es que aquí en Colombia no es el Estado, como ocurre en regímenes no democráticos, el que persigue o censura a los “opinadores”, a los periodistas, a los columnistas,

a los defensores de derechos humanos. Nuestro problema radica en un pequeño grupo de intolerantes, de desadaptados, que no aceptan convivir con quien piense distinto que ellos, que asesinan, que amenazan y que han convertido al periodismo en una de las profesiones más riesgosas del país.

Nuestro reto es también enfrentar a esos pocos violentos, buscar mecanismos para proteger a quienes tienen la valentía de decir las cosas que piensan, como las piensan, con altura y con responsabilidad social. Aquí es donde el Estado, que ya ha cumplido su primer deber de no interferir la libertad sino de propiciarla, está buscando actuar, a través del diálogo político, por una parte, y del fortalecimiento de las fuerzas armadas, por la otra, para proteger a los periodistas de los ataques de los intolerantes, vengan de donde vengan.

Como uno de ustedes, entiendo y comparto sus preocupaciones; sé de sus riesgos y de su valentía, y buscaré apoyar, de todas las formas posibles, su labor trascendental para el fortalecimiento de nuestra democracia.

Pero también el periodista tiene una labor cotidiana de recolección y procesamiento de información. Yo, que he sufrido

las tiranías de la hora de cierre, comprendo la importancia de su trabajo y, por eso, desde cuando inicié mi gobierno, creamos la Agencia de Noticias Colombiana -Ancol-, adscrita a la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la República, que se ha convertido en un medio ideal de apoyo a la labor periodística de quienes cubren todos los aspectos y temas de la gestión gubernamental.

Hoy, con orgullo, podemos mostrar los resultados de un sistema multimedia de información pública a través de una red de noticias para 40 abonados en todo el país, las emisiones de Radio Nacional Noticias, los servicios de fotografía y televisión, y el portal de Internet que, el mes pasado, registró un millón novecientos veinte mil consultas.

Los ciudadanos de Colombia, como nunca antes, tienen la posibilidad de informarse oportuna y directamente sobre los actos de gobierno y las razones que los inspiran. Conocerlos y entenderlos es una exigencia de la llamada gobernabilidad democrática.

Además, recientemente, como un obsequio más que merecido de la Presidencia a los periodistas en su día, publicamos el

libro “Normas Esenciales sobre Medios de Comunicación”, el cual contempla y compila la normatividad vigente sobre medios y la más importante jurisprudencia producida al respecto. Así hacemos un aporte para que los medios, a través del cumplimiento de la Constitución y de la ley, puedan cumplir, con eficacia, una labor responsable hacia la sociedad.

Apreciados colegas y amigos:

Todos los medios, sin excepción, educan la sensibilidad y suministran ejemplos que van estructurando una forma de ver el mundo y a nuestro país.

Los largos años de violencias sucesivas que han agredido sin pausa a Colombia, nos han llevado a una especie de insensibilización colectiva frente a los delitos más atroces por exceso de contacto con los mismos.

Un solo niño herido debería conmovernos hasta el llanto. Un secuestro o un asesinato deberían avergonzarnos y levantar al país entero en plan de solidaridad activa. Pero parece que ya nada nos altera, que todo puede olvidarse, que la sangre

puede utilizarse incluso como argumento de venta. Y nada de esto contribuye a la paz.

Los medios tienen la libertad amparada por las leyes, una responsabilidad fijada por ellas mismas y una influencia enorme, dada su naturaleza. En sus manos está el cómo usar esa libertad, esa influencia y demostrar tal responsabilidad.

Constantemente me inquieta el desánimo, hasta cierto punto comprensible, que muestran los líderes de opinión, muchos de ellos sentados entre nosotros, sobre el proceso de paz. ¿Qué los sorprende? ¿La lentitud de las negociaciones? ¿El poco avance aparente, la escasez de hechos tangibles? ¿Las contradicciones entre las palabras bienintencionadas y los actos violentos?

Frente a estas dudas podemos tomar muchos caminos. Y a ustedes, los medios de comunicación aquí congregados, les corresponde no sólo escoger el suyo, sino el que le señalarán a quienes los oyen y los leen.

Algunos están diseñados por el afán de vender a cualquier costo, de vender ya, a riesgo de dañar la construcción de un

país donde todos prosperemos. ¡Qué el afán de riqueza no prive de riqueza a la vida ni a la nación!

Otros caminos los dicta el afán de la chiva o del espectáculo que impresione, sin importar que lo exhibido sea vergonzoso o triste para nuestros conciudadanos. ¡Qué el afán de noticias no nos ciegue para orientar a la opinión con información veraz, sin dobles intenciones y respetuosa de las personas!

¡Que nuestro único afán sea el de construir patria, el de preservar y dignificar la vida, el de hacer paz!

Al terminar estas reflexiones quiero invitarlos a compartir un gran propósito común. Mi invitación es completamente desinteresada desde el punto de vista de Andrés Pastrana, el político, pero llena de intención como Andrés Pastrana, el colombiano, el periodista que ve una luz al final del túnel.

Los invito de corazón a meterse de lleno a construir la nueva nación colombiana:

Una nación que sea ejemplo para el mundo por su respeto a la vida, por su búsqueda consistente y colectiva de la felicidad;

por su observancia de los derechos humanos y porque trabaje honradamente por lograr mejores niveles de vida para cada uno de sus integrantes.

Una nación donde reinen la justicia, la tolerancia y la confianza mutua.

No es mucho pedir para un pueblo que posee tantas riquezas naturales y humanas, y que puede llenarse de motivos para estar orgulloso de sí mismo.

No es la hora de sentarse a ser observadores ni cronistas de la violencia. No es la hora de seguir soñando con el país que podríamos ser ni con el país que queremos construir. Es la hora de pasar a los hechos, de trabajar juntos, de esforzarnos, de dejar atrás las diferencias y de edificar, entre todos, sobre el cimiento sólido de la democracia y de la libertad, la nueva Colombia que queremos ver renacer: ¡La Colombia del respeto y de la paz!

Muchas gracias.